

II. RELACIÓN CON LA IGLESIA

Conflicto con el Papado

Compromiso de Catalina con la Iglesia (¿y tú?)

Doctora de la Iglesia y Patrona de Europa

Gregorio XI

Catalina quedaba libre para dedicarse a los otros dos grandes fines que la habían llevado hasta el Ródano: el retorno del papa a Roma¹ y la preparación de la cruzada².

El primer asunto era el más complejo en cuanto abordaba problemas morales graves y dificultades de talla en el campo de los afectos, de las costumbres, de las llamadas conveniencias, para los personajes de la Corte pontificia. Sería una exageración decir que muchos de los preladados llevaban una vida desarreglada, mas sería ingenuidad negarlo con respecto a algunos.³ Para estos últimos, naturalmente, la separación de su mundo demasiado dulce se hacía dramática, pero también para los buenos se trataba de superar el apego a las familias y al ambiente. Toda una serie de figuras femeninas, madres, hermanas, cuñadas, sobrinas, protestaba y desaconsejaba, y estaban luego las figuras de la culpa, las amantes de altos dignatarios y hasta de algún cardenal. ¿Cómo desarraigar a los protagonistas, franceses en su mayoría, de este mundo agradable, refinado, y, especialmente, cómo arrancar a los culpables de su pecado?

Las señoras de Aviñón eran típicas. Casi todas de la clase alta y de ingenio sutil, se interesaron bien pronto, y en tono cada vez más vivo, por la Santa italiana aparecida en medio de ellas. Los frecuentes éxtasis exaltaron su curiosidad femenina y removieron la incredulidad de algunas que quisieron comprobarlos: se pusieron a pinchar los pies de la Santa arrebatada en oración sobrenatural y se pasmaron de su total insensibilidad. La sobrina del papa, Elisa de Turenne, fue más decidida que las otras y una vez taladró el pie con un largo alfiler, que no provocó ni sombra de reacción en Catalina.... Mas no fue así después del despertar, cuando la pobre traspasada cojeó durante varios días a causa de la herida.



¹ La estancia de los papas en Aviñón databa del 1309, es decir, desde que se estableció allí Bertrán de Got, Clemente V. Es interesante el sucederse de las voces que amonestaron al papado en su "Babilonia": desde Dante a Petrarca, desde el movimiento espiritual franciscano, que se anudó principalmente en torno a Hubertino de Casal, hasta la gran figura de Santa Brígida, la santa sueca que se afanó por el retorno ante Clemente VI, Inocencio VI, Urbano V. Éste volvió a Roma en el 1367, para abandonarla de nuevo en el 1370; fue entonces la vez de Gregorio XI, a quien Santa Brígida dirigió aún sus exhortaciones, y al que se dirigió Catalina. En cuanto a Santa Brígida, ella acaso pudo haber conocido a Catalina, a través del amigo común Alfonso de Vadaterra. La hija de Santa Brígida, Santa Catalina de Suecia, se encontró con Catalina.

² Caffarini se refiere a cuando él había oído a Catalina predicar la cruzada, y dice que en Siena había ya algunas personas dispuestas a partir para Tierra Santa. Habla también después de sus ruegos a Gregorio XI. El reempezar la cruzada constituía un ideal entre otros, promovido por Juan XXII y Clemente VI, después de la llamada VII Cruzada del fin del 1200, que en realidad fue la última. El movimiento cruzado era acaso la expresión más exclusiva del espíritu medieval, y no se realizaba ya más con facilidad en el trescientos tardío, cuando el humanismo había ya influido sobre el monolito de la Edad Media. Ya con Federico II la actitud hacia el Oriente había tenido un sesgo más netamente político.

³ De todo esto habló Catalina personalmente a Gregorio XI, mostrando conocer la Curia; y, puesto que el papa se maravillaba de que ella, apenas llegada, estuviese tan informada, Catalina prorrumpió con majestad, diciendo que había sentido mayor hedor de los pecados de la curia estando en Siena, del que sentían aquellos que los cometían. Raimundo, presente como intérprete, se maravilló de su audacia frente al pontífice.

Sin embargo, las damas del Ródano no se libraron de la gran fascinación de la sienense; porque ante ellas pasaba una realidad desconocida hasta entonces. ¿Qué era aquel soplo misterioso que animaba a una pobre plebeya, no bella y analfabeta, qué era aquella seguridad, aquella humildísima soberanía que no poseía ningún príncipe? La voz de Catalina tenía una resonancia materna irresistible; y los ojos, sus ojos profundos que pertenecía mucho más a un alma que a un rostro, sonreían y fulguraban. Entre las insignes aviñonesas, también alguna avezada a ingeniarse en el agua turbia y a esconder graves vergüenzas, se sentía atraída y con todo en sujeción, y, como las otras interlocutoras, asumía el tono de persona irreprochable. Un día se le acerca una, toda dignidad y buenas maneras, y entabla conversación con Catalina y con Raimundo. Y Catalina firme en no responder y en estar vuelta para otra parte. Aquella insiste, mas la Santa no cambia de actitud.

Terminado el intento, Raimundo pregunta: ¿Por qué no la habéis atendido en absoluto?

Y Catalina responde: Si hubieseis sentido el hedor que yo sentía, hubieseis vomitado.

En realidad, la cortés visitante era la amiga de un cardenal.

No olvidemos que la Santa tenía el don sobrenatural de leer en el interior de las almas, y se valió de él en un coloquio decisivo con Gregorio XI. Indeciso aún y, digamos también que comprensible, dadas las circunstancias, el pontífice no se adhería a la cálida exhortación de cuenta para que retornase a Roma; en un cierto momento ella le dijo:

- ¿No recordáis, Santidad, la promesa que hicisteis al Señor cuando aún erais cardenal?

Había prometido, efectivamente, volver a llevar la Sede de Pedro a la Ciudad Eterna, si esto dependiese de él; mas, si la promesa era una realidad, ¿cómo podía conocerla aquella joven venida de lejos, que jamás había oído nombrare entonces al cardenal Pedro Roger de Beaufort?



Gregorio XI callaba. Delante de él callaba también ahora la muchacha de Fontebranda; mas el papa sentía una vez más que lo sobrenatural le rozaba y le invitaba por medio de aquella extranjera humildísima. Tantos aspectos suyos revelaban la impronta de Dios.... ¿y qué era aquel don casi único –por lo menos en grado y medida concedido a ella- de ver mejor las almas que los cuerpos? “No me doy cuenta de lo que me ocurre alrededor” –había dicho Catalina, refiriéndose a la realidad física de las personas y de los hechos-; mas en cuanto a las almas, eran un libro abierto para ella, un gran libro en el cual ella debía escribir la palabra “amor”.

Aquel fue uno de los momentos decisivos para el programa papal. No se toma en 1376 una resolución “de Aviñón a Roma”, así, de repente; sino más bien se edifica poco a poco, en virtud de pruebas y contrapruebas, y, sobre todo, de impulsos de lo alto. Todo esto vale de un modo especial para un Gregorio XI, hombre manso, reflexivo, temeroso de ofender a los demás y de afligirles: más que por sí mismo, el pontífice dudaba por los otros.

Aún le llegaron cartas de Catalina, ya que las palabras parece que no bastaban. A la Santa le urgía tratar aún con el papa Gregorio; mas las audiencias no estaban al alcance de la mano cuando y como ella hubiera querido, y, por lo demás, ninguna audiencia de por sí sería suficiente. Era preciso martillar con el mazo santo de una tenacidad querida por Dios, era preciso aplicar el pico a los recintos de la debilidad terrera, y luego batir aún y descombrar los residuos. Porque eran demasiadas las voces contrarias que se levantaban en torno a Gregorio para detenerlo alejado de Roma. Los cardenales aducían el ejemplo de Clemente IV, quien había evitado tomar graves decisiones sin el consejo

del Sacro Colegio, y Catalina les contraponía la conducta de Urbano V, el cual decidió por sí lo que intentaba hacer.



Urbano V tuvo un pontificado complejo, que se extendió de 1362 a 1370. Hombre íntegro y reformador activo, llevó al solio la voluntad de transferir la sede papal a Roma y promover la cruzada, con una política de paz hacia Berbabé Visconti y los otros soberanos, que permitiese reunir las fuerzas. Urbano volvió a Roma en el 1367, mas, esto no obstante, el tono de la corte siguió siendo aviñonés, y después de algún tiempo, cuando la actitud del papa se fue clarificando más y más, el descontento de los romanos creció hasta tal punto, que fue obligado a retornar a Aviñón, donde murió, venerado por el pueblo como un santo. Levasti conjetura que la grave decisión tomada por Urbano, de volver la sede a Aviñón, habría nacido de su conciencia de estar próximo a la muerte: convencido de que en Roma no podría tener lugar una elección libre, obró de modo que el próximo cónclave se desarrollase en Aviñón.

Catalina, en una de sus cartas, le decía:

“Me parece que el consejo de los buenos sólo atiende al honor de Dios, a la salud de las almas y a la reforma de la santa Iglesia, y no al amor propio de ellos. Digo que el consejo de éstos es de seguir, mas no el de aquellos que amaren sólo su vida, los honores, estados y delicias; ya que su consejo va allá adonde tienen el amor. Os ruego de parte de Cristo crucificado que plega a vuestra santidad resolveros pronto. Usad un engaño santo; esto es, pareciendo prolongarlo más días, y hacerlo luego de repente y pronto, porque cuanto más pronto, menos estaréis en estas angustias y trabajos. Aún me parece que ellos os enseñan, dándoos el ejemplo de las fieras, que, cuando escapan del lazo, no retornan más allí. Hasta aquí habéis escapado del lazo de sus consejos, en el cual os hicieron caer una vez, cuando retardasteis vuestra venida; cuyo lazo hizo tender el demonio, para que se siguiese el daño y el mal que se siguió. Vos, como sabio, inspirado por el Espíritu Santo, no caeréis más allí. Vayamos pronto, dulce Padre mío, sin temor alguno. Si Dios está con vos, ninguno estará contra vos. Dios es el que os mueve: así Él está con vos. Id pronto a vuestra esposa, que os espera toda empalidecida, para que le deis el color. No quiero gravaros con más palabras; que muchas tendría que decir sobre esto. Perdonadme a mí presuntuosa. Humildemente os pido vuestra bendición. Jesús dulce, Jesús amor”.

Y entre julio y agosto Catalina insistió:

“En nombre de Jesús crucificado y de la dulce María. Santísimo y beatísimo Padre en Cristo, dulce Jesús; vuestra indigna y miserable hija Catalina os conforta en su preciosa sangre; con deseo de veros sin temor servil alguno. Considerando yo que el hombre temeroso corta el vigor del santo propósito y buen deseo; y por eso yo he rogado y rogaré al dulce y buen Jesús que os quite todo temor servil y permanezca sólo el santo temor. Haya en vos un ardor de caridad así y de tal suerte que no os deje oír las voces de los demonios encarnados, y no os haga mantener el consejo de los consejeros perversos fundados en el amor propio, que, según lo que yo entiendo, os quieren meter miedo para impedir por miedo vuestra venida, diciendo: “vos seréis muerto”. Y yo os digo de parte de Cristo crucificado, Padre dulcísimo y santísimo, que no temáis por nada. Venid con seguridad; confíaos a Cristo, dulce Jesús; porque haciendo lo que debéis, Dios estará sobre vos, y no habrá nadie que esté contra vos. ¡Arriba virilmente, Padre! Que yo os digo que no os conviene temer. ¡Si no hicieréis lo que debéis hacer, entonces habréis de temer! Vos debéis venir. Venid, pues. Venid dulcemente sin temor ninguno. Y si algún doméstico os quiere impedir, decidle osadamente como dijo Cristo a San Pedro, cuando por ternura le quería retraer para que no fuese a la pasión; Cristo se volvió a él, diciendo: *Vete atrás de mí, Satanás. Tú me eres escándalo, buscado las cosas que son de los hombres, y no aquellas que son de Dios. ¿Y no quieres tú que yo cumpla la voluntad de mi Padre?* Haced vos así, dulcísimo Padre; seguidle como vicario suyo, deliberando y afirmando en vos mismo, y, delante de ellos, diciendo: Si en ello me fuese la vida mil veces, yo quiero cumplir la voluntad de mi Padre. Supongamos que no nos vaya en ello la vida; todavía, emplead la vida y la materia para adquirir continuamente la vida de la gracia. Por tanto, confortaos y no temáis, que ni tenéis necesidad. Tomad las armas de la santísima cruz, que es la seguridad y la vida de los cristianos. Dejad decir a cada uno lo que quiera y mante-

ned firme el santo propósito. Díjome mi padre, fray Raimundo, de vuestra parte que rogase a Dios si hubieseis de tener impedimento; y yo había rogado antes y después de la santa comunión, y no veía ni muerte ni peligro ninguno. Los peligros que ponen los que os aconsejan. Creed y confiad en Cristo, dulce Jesús. Yo espero que Dios no despreciará tantas oraciones hechas con tan ardentísimo deseo, y con muchas lágrimas y sudores. No digo otra cosa. Permaneced en la santa y dulce dilección de Dios. Perdonadme, perdonadme. Jesucristo crucificado esté con vos. Jesús dulce, Jesús amor”.



En los curiales de Aviñón la visión de la Roma lejanísima, grandiosa, arruinada e infestada de todos los peligros de la rebelión y de la violencia, suscitaba el espanto; y buscaban transmitir esta misma impresión al ánimo del pontífice. Conocedora de los obstáculos promovidos contra la voluntad de Gregorio, le escribía Catalina a primero de septiembre:

“... Parece que la divina bondad os requiera tres cosas. De la una doy gracias a Dios y a vuestra Santidad, que Él ha afirmado y consolidado vuestro corazón, haciéndoos fuerte contra las batallas de aquellos que os lo querían impedir, esto es, de ir a ocupar y poseer vuestro lugar. Gozo y exulto de la buena perseverancia que habéis tenido, llevando a la práctica la voluntad de Dios y vuestro buen deseo”.

Y después de haber expuesto las otras dos “cosas”, esto es, promover y publicar la cruzada, y purificar a la Iglesia de los ministros indignos, extirpando vicios y defectos, concluye:

“Os ruego, Padre santísimo, por amor del Cordero desangrado, aniquilado y abandonado en la cruz, que vos, como vicario suyo, cumpláis esta dulce voluntad, haciendo lo que podéis hacer; y después seréis excusado delante de Él, y vuestra conciencia descargada. Si no hicieseis lo que podéis, seréis muy reprendido de Dios por ello. Espero por su bondad y vuestra santidad que vos lo haréis; que así como habéis hecho una, haberla llevado a la práctica, esto es, lo de vuestra ida, así cumpliréis las otras: lo del santo viaje, y lo de perseguir los vicios que se cometen en el cuerpo de la santa Iglesia.

No digo más. Perdonad mi presunción. Micer el Duque sé que vendrá a vos para tratar con gran deseo del hecho del santo viaje, como está dicho. Dadle buena impresión por amor de Dios; cumplid su dulce deseo. Permaneced en la santa y dulce dilección de Dios. Os pido humildemente vuestra bendición. Jesús dulce, Jesús amor”.

Mas he aquí un cuento que se propaga en la corte: un presagio fúnebre. Dicen y repiten con insistencia que los italianos son famosos envenenadores, y que en Roma ya están preparados vinos mortales para Gregorio XI. En este sentido llega también una carta que lleva la firma (¿falsificada?) del franciscano Pedro de Aragón, un personaje venerado de muchos y estimado por el papa. Él advierte que el veneno está de verdad preparado en Roma para el pontífice...

Frente a tales patrañas, que pretenden quebrantar la buena voluntad de Gregorio XI, se levanta Catalina y escribe una famosa carta, estigmatizando un tal modo de proceder; declara falsa la noticia, apócrifo el mensaje del franciscano, y del presunto escritor dice:

“... él se pone el vestido de la humildad para ser bien creído. Es, pues, gloriosa esta virtud, con la cual se cubre la soberbia! Este ha hecho en esta carta con vuestra Santidad, según yo lo he comprendido, como hace el demonio en el alma, cuando muchas veces bajo color de virtud o de compasión le echa el veneno... Mas pronto, Padre, podréis esclarecer si

“Jesús dulce,
Jesús amor”

ella ha venido de aquel hombre justo, o no. Y me parece que, según el honor de Dios, le debéis buscar... Mas a mí no me parece que supiese bien el arte aquel que la hizo -¡debíase, pues, ponerse en la escuela!- y me parece que él ha sabido menos que un niño”.

Advierte después con sentido realista que:

“veneno se encuentra también en las mesas de Aviñón y de otras ciudades, como en la de Roma; y también se lo encuentra templadamente (ordenado) para el mes y para el año, según pluguiere al comprador: y en todo lugar se lo hallará”.

Estas grandes páginas vencieron. El papa recurrió efectivamente a la estratagema aconsejado por la Santa, hizo preparar y permanecer algunas galeras en Marsella por algún tiempo, sin decir para qué deberían servir; después, la mañana del 13 de septiembre, se despidió de los cardenales, que estallaron en llanto, y de su padre, el conde Guillermo de Beaufort. El anciano intentó hasta lo último retenerlo y se echó atravesado en el umbral de la puerta; sobre él aceleró el paso el “tímido” e “irresoluto” Gregorio... Parecía que al lado del papa en aquel momento caminase Catalina, criatura de sangre y de fuego.

El cortejo papal se puso en marcha por tierra hacia Marsella, donde habría de emprender el camino por mar en las naves preparadas y ancladas en aquel puerto.

Retorno a Roma

El viaje aquel de Gregorio XI fue un viaje borrascoso, y se abrió con una demora en tierra de Francia. Sólo el 2 de octubre



salió el papa del monasterio de San Víctor de Marsella y se embarcó en la galera de Ancona, mandada por el Gran Maestre de los Caballeros de San Juan, Fernando Juan de Heredia. Los presentes a la separación definitiva descubrieron la tristeza profunda y las lágrimas de aquellos que se quedaban: también lloró Gregorio. Y, ciertamente, se preguntó dónde podría encontrarse ahora Catalina, quien había partido de Aviñón con su cuadrilla el 13 de septiembre como el papa, mas a pie, y ninguno había tenido más noticias de la comitiva sienense.

El día siguiente, 2 de octubre, en la soledad del mar abierto, las naves papales fueron embestidas de una violenta tempestad y obligadas a resguardarse en varias ensenadas habitadas por grupos de pescadores; luego costearon entre vientos contrarios, parándose en Saint Tropez, Niza y Villafraanca.... Ante el alto arrecife de Mónaco, hoy todo colores y resplandores, entonces alto y solitario entre el verde sombrío de los pinos marítimos, los vientos se hicieron más impetuosos y obligaron al de Heredia a virar en redondo volviendo hacia atrás. La hábil maniobra salvó las naves, que, con todo, sufrieron mucho tiempo la violencia del huracán, tuvieron las velas rasgadas y los mástiles rotos, irguiéndose oblicuas en las crestas de abismos líquidos tras ráfagas de espuma. Después que las aguas se aplacaron, la flotilla pontificia se deslizó hasta Savona, a donde llegó el 17 de octubre; y hasta Génova, echando allí anclas el 18 de octubre.

Desembarcaron después del alivio de aquellos cinco últimos días de paz. El recibimiento fue solemne, mas el primer contacto con la tierra italiana pareció semejante a un despertar en medio de otros torbellinos. Supieron que Roma estaba en rebelión abierta y que la guerra con los florentinos

tomaba un cariz desfavorable. El papa reunió en consejo a los cardenales, cuya mayoría compacta votó por el retorno a Aviñón.

Todas estas dificultades inverosímiles pusieron a dura prueba y arrojaron en la incertidumbre el ánimo de Gregorio, a quien había ya costado tanto arrancarse a sí mismo y a la curia de la cómoda vida aviñonesa, y al que le habían tocado luego contrariedades continuas, pequeñas o grandes, irritantes o pavorosas. Ahora el papa parecía próximo a agotar el empeño de su voluntad y, sobre todo, la reserva de su confianza en el retorno a Roma emprendido contra el consejo y las súplicas de todos.

Al mismo tiempo que el papa, mas por otro camino y en otra nave, viajaron y navegaron Catalina y sus compañeros. Partieron de Aviñón el mismo 13 de septiembre, llegaron a pie hasta Toulón, donde Catalina fue rodeada de un intenso movimiento de curiosidad y de admiración por parte del pueblo, y hasta el obispo vino a saludarla. Para escapar a otras eventuales manifestaciones de este género, los viajeros se embarcaron entonces en un navío ligero, mas se encontraron también ellos en mala situación en la mar abierta y a altas horas de la noche.

“Me acuerdo que una vez, cuenta Raimundo de Capua, estando muchos en el mar con Catalina, hacia la mitad de la noche cesó el viento favorable y el timonel comenzó a asustarse diciendo:

“Estamos en un punto peligroso, y si se levanta el viento de flanco, o es necesario terminar muy alejados o arrimarse a las islas”.



Yo fui a la virgen: “Oh, Madre, ¿no ves en qué peligro estamos?. Ella, enseguida: “¿Qué tenéis vos que hacer?”. Poco tiempo después comenzó el viento contrario y el timonel dijo: “Es necesario volver para atrás”. Yo se lo referí a la virgen y ella me respondió. “Que dé la vuelta en el nombre del Señor y vaya como el Señor manda el viento”.

El timonel cambió la dirección y volvimos para atrás, mas ella agachó la cabeza, oró, y no habíamos recorrido un trecho largo como un tiro de ballesta cuando volvió a soplar el viento de antes y con la ayuda de Dios, terminada la hora de los maitines, nos encontramos con alegría en el puerto al que nos dirigíamos, y cantamos fuertemente: *“Te Deum laudamos”*.

Acaso aquel lugar era Saint Tropez; y es cierto que desde allí la comitiva prosiguió a pie. Se encaramaron sobre las altas colinas, descubriendo cada vez un perfil diverso de las costas y un diverso centelleo del mar en las ensenadas más o menos anchas y escarpadas. ¡Cómo variaban las sombras y los reflejos vistos desde lo alto y la gran mancha verde de los pinos revueltos por el viento en mil caprichos de cabelleras compactas y de ramojos sobresalientes, en una ilimitada inquietud, un poco semejante a la del mar! Con la vegetación atormentada alternaban salientes de piedra rosácea o gris, de suerte que los viajeros en ciertos momentos se movían a pico sobre las aguas y lograban hacinarse a la roca; después se internaban aún en las lomas rientes en pleno sol, y sin perder jamás el reflejo del mar que llenaba el horizonte.

Sus ojos se inundaron de azul y de oro hasta la profundidad de las órbitas y así fue estupendo alabar días y días al Creador de tantas maravillas.

“No veis estos prados floridos”, exclamaba Catalina. “¡Cómo honran a Dios y le alaban todas las cosas!.

Y otro día ante un hormiguero: “Estas hormiguitas han salido como yo de la mente de Dios; Él se ha cansado igual para crear los ángeles y para crear éstas y las flores”.

El 3 de octubre llegaron a Varazze, donde había nacido Jacobo, autor de la “Leyenda Aurea”, y encontraron la peste que había diezmado la población. “Construid una capilla en honor de la Santísima Trinidad”, aconsejó Catalina a los del pueblo, que la rodeaban. Ellos obedecieron y cesó la peste.

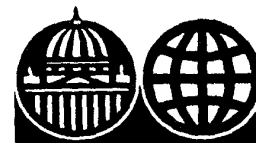
El 4 de octubre, día de San Francisco, llegaron a Génova, y se hospedaron en el palacio de Monna Orietta Scotti en la Vía del Canneto, en la proximidad del puerto y casi a igual distancia de la catedral de San Lorenzo y del famoso palacio de la Compañía de San Jorge.

Los Scotti, quienes luego fueron fusionados con los Centurione, de modo que dieron origen a las ramas insignes de los dos glorioso apellidos, eran ya antiguos, desde hacía dos siglos, en Génova cuando Catalina vivió junto a ellos, y pertenecían a las familias de los “viejos albergues”, las más vetustas del Medioevo genovés.

De este modo, todos los protagonistas del caso se volvieron a encontrar en Génova: Catalina y los suyos se habían detenido, acaso por previsión consciente, esperando la llegada del pontífice.

Esta oportunidad era algo más: era una necesidad real. Gregorio mismo, después del Consistorio negativo tenido en Génova, sintió el apremio de hablar con Catalina, y prefirió un coloquio exento de etiquetas y de formalidad. Se trasladó personalmente al palacio Scotti, sin acompañamiento y sin aviso previo, de incógnito, vestido como uno de tantos sacerdotes de la ciudad, preguntó por Catalina y habló con ella hasta bien entrada la tarde.

El coloquio tuvo lugar en la estancia misma de la Santa, ya que el visitante había sido acompañado hasta allí, con sencillez. Catalina quedó sofocada por la emoción, se postró delante del Vicario de Cristo, él la levantó, y se pusieron a hablar. El papa estaba abatido y quería saber el juicio de la consejera extraordinaria respecto de la situación a seguir.



Una vez más encontró en ella claridad y seguridad, obtenidas con una interpretación sencillísima; justamente en este modo constante de “comprender” la realidad, consistía también entonces la gran coherencia del pensamiento de Catalina. Ella, con un solo movimiento que pareció tan ligero también a Gregorio, transfirió todo el enredo de hechos, dificultades, complicaciones humanas al terreno de lo sobrenatural. De repente, la mole oscura formada por tantas contradicciones apareció límpida como un cristal. En aquella altura y en aquella blancura existía sólo una realidad: el deber, esto es, Roma; un solo porvenir, esto es, la confianza en el Señor. Por más objeciones y preguntas que quisiese aún poner Gregorio para lograr un máximo de tranquilidad, al parecer de Catalina brillaba siempre más vivamente. Y además había también en el toque decisivo de la Santa una nota de urgencia: no sólo era necesario reemprender el viaje por mar, por tierra, entre amigos o enemigos, todo esto sólo tenía una importancia secundaria; sino que era preciso hacerlo enseguida. En una oración suya ella comparaba la venida del papa a Roma con la de Cristo al mundo:

“Oh Padre omnipotente, Dios eterno...! Tú eres el Dios eterno e incomprensible, el cual, estando muerto el linaje humano por la miseria de su fragilidad, movido sólo por amor y piedad clementísima, has mandado a nosotros a ese verdadero Dios y Señor nuestro Cristo Jesús, tu Hijo, vestido de nuestra carne mortal, y has querido que no viniese con deleites y pompas de este mundo, mas con angustia, pobreza y tormentos... ¡Oh amor incomprensible! Tú eres aquel mismo que, enviando a tu vicario a redimir los hijos muertos, por haberse separado de la santa obediencia de la santa madre Iglesia única Esposa tuya, le mandas con angustia y peligros, como enviaste al amado Hijo tuyo nuestro Salvador, a librar a tus hijos muertos de la pena de la desobediencia y de la muerte del pecado”.

Era un deber actuar pronto:

“Y si su tardanza te desagrada, ¡oh Amor eterno!, Castiga por ella mi cuerpo, que te lo ofrezco y entrego, para que le aflijas con los flagelos y para que destruyas según sea tu parecer... Haz, pues, Piedad eterna, que tu Vicario sea comedor de almas, ardiendo del santo deseo de tu honor adhiriéndose sólo a Ti”.

El coloquio fue decisivo. Finalidad del papa Gregorio había sido asegurarse el sostén constante de la oración de Catalina ante el Señor, y ella le prometía que le seguiría con su intercesión, y le pidió que la recordase a la en la santa misa. Los cardenales al día siguiente vieron un Gregorio diverso, resuelto, sereno, y, ciertamente, una parte de aquella firmeza se espació también a sus ánimos aviñoneses.

El 29 la flota pontificia volvió a hacerse a la mar y Catalina se detuvo en Génova algún día más⁴, después se dirigió también ella hacia Livorno seguida de los suyos. El papa desembarcó aquí el 7 de noviembre, y encontró una acogida cordial y magnífica que le ofreció Pedro Gambacorti.

Las torres del castillo, que fue núcleo de la actual Livorno, surgían directamente desde las aguas, concluyendo y subrayando con su talle de baluartes los aspectos almenados del reducto fortificado, erigido para protección del puerto mismo. En el interior de la ciudadela los estrechos callejones separaban las murallas de los diversos castillos, mientras fuera del recinto no surgían construcciones importantes, sino que empezaba el descenso de las marismas, alternando con trechos de tierra sólida cubierta de pinares que llegaban hasta las cercanías de Pisa.



La acogida del papa se desarrolló también por parte de los Ancianos de Pisa, quienes “presentaron al Padre cuatro terneras y ocho corderos capones, cuatro toneles de vino, diez sacas de pan, cincuenta libras de dulces, cien libras de cera, cincuenta pares de capones; y el Padre Santo aceptó todo; y a los cardenales se les regaló cuadro corderos capones, cuatro sacas de pan...”. todo esto era consecuencia de una nueva pausa de neutralidad de la República Pisana, la cual el 12 de marzo del mismo año 1376 había entrado a formar parte de la Liga florentina, y, sin embargo,

se encontraba ahora en una disponibilidad provisoria, que le permitía presentar homenajes al papa.

Antes del 15 de noviembre las naves papales levaron anclas, y antes de esta partida llegaron también Catalina y los suyos a Livorno y a Pisa. Este fue el momento en que el camino del papa y el de la santa se separaron. Gregorio navegó hacia Piombino, a donde llegó el 25 de noviembre, y hacia Corneto, donde desembarcó el 7 de diciembre para una larga parada. Catalina se detuvo en Pisa, donde encontró a Lapa, que había venido a su encuentro, acompañada de fray Tomás della Fonte y de otros varios de la familia cateriniana. La santa despachó enseguida a casa, esto es, a Siena, a Esteban Maconi, esperado con impaciencia por su madre, Monna Juana, y se detuvo por un mes en Pisa con los otros.

Esteban llegó felizmente a Siena, pasando desde Peccioli, por una ruta que él mismo, escribiendo a Neri de Landoccio, calificaba como infestada de bandidos y erizada de peligros, tanto que añadía: “cuya cosa, si se me hubiera manifestado, jamas me hubiera movido; y digo esto a fin de que

⁴ En Génova Catalina tuvo numerosos encuentros con “letrados, doctores y maestros en teología, especialmente con aquellos tenidos en reputación por su excelente doctrina...”, con profesores de Letras o de Leyes, y con los Senadores de la ciudad. Frecuentemente estos insignes personajes salían del coloquio con ella “Agitados, llenos

vos vengáis sabiamente. Mas ciertamente en nuestro venir y en nuestro llegar y estar me ha sido manifestado que la oración de nuestra dulcísima Madre ha contribuido mucho, aún el todo, ocupándose de todo bien que ha seguido,..."

Catalina aún tuvo tiempo de escribir a Neri tres cartas antes de que la cuadrilla llegase a Siena, cosa que ocurrió por Navidad. Desde allí la Santa escribió al papa Gregorio, quien pasaba las Navidades en Corneto, envuelto en noticias contrastantes: las fases de la guerra se desarrollaban desafortunadamente; Ascoli había caído en manos de la Liga el 14 de diciembre, Bolsan se había rebelado, y las milicias napolitanas, mandadas como refuerzo a las pontificas por la reina Juana, habían sido derrotadas; el hermano de Raimundo de Capua, Luis delle Vigne, había caído prisionero. Sin embargo, Roma se mostraba fiel y las llaves de la ciudad habían sido entregadas a los cardenales d'Estaing, Corsini y Tebaldeschi el 21 de diciembre. Por los días de Navidad, el papa tuvo el consuelo de recibir de Catalina la siguiente carta:

"...¡Paz, paz, paz, Padre santísimo! Plegue a vuestra Santidad recibir a vuestros hijos, que os han ofendido a vos, Padre. Vuestra benignidad venza su malicia y su soberbia. No os será vergüenza inclinaros para aplacar el hijo malo.

Ay de mí, Padre, no más guerra de ningún modo. Conservando vuestra conciencia se puede lograr la paz. Se mande la guerra contra los infieles, donde ella debe ir. Seguid la mansedumbre del Cordero inmaculado Cristo, dulce Jesús, cuyas veces hacéis. Confío en nuestro Señor Jesucristo que hará tanto uso de esto y otras cosas en vos, que cumpliré con ellas vuestro deseo y el mío; porque no tengo otro deseo en esta vida sino ver el honor de Dios, vuestra paz y la reforma de la santa Iglesia, y ver la vida de la gracia en toda creatura que tiene en sí razón. Confortaos, porque la disposición de aquí, según que me ha sido dado oír, es también de quereos por Padre. Y especialmente esta pobrecita ciudad, la cual siempre ha sido hija de vuestra Santidad; la cual, constreñida por la necesidad, le ha convenido hacer aquellas cosas que le desagradan. Les parece a ellos que la necesidad lo ha hecho realizar. Vos mismo excusadles a vuestra Santidad, de suerte que les pesquéis con el anzuelo del amor. Os ruego por el amor de Cristo crucificado que vayáis al lugar vuestro de los glorioso apóstoles Pedro y Pablo lo más pronto que podáis. Y siempre por vuestra parte procurad ir seguramente; y Dios por su parte os proveerá de todas las cosas que sean necesarias para vos y para el bien de su Esposa. No digo otra cosa. Perdonad mi presunción. Confortaos y confiaos a las oraciones de los verdadero siervos de Dios, que mucho oran y ruegan por nosotros. Os pido yo y los otros hijos humildemente vuestra bendición. Permaneced en la santa y dulce dilección de Dios. Jesús dulce, Jesús amor".

El 13 de enero Gregorio y los cardenales subieron nuevamente a las naves y se hicieron a la vela hacia Ostia con un mar tranquilo. Después de tres días entraron en el puerto de Ostia y desembarcaron en San Pablo, desde donde el papa Gregorio, cabalgando en una mula blanca, se dirigió a Roma con la mayor solemnidad, acogido por el pueblo con inmenso gozo. Por la tarde la plaza de San Pedro apareció como un pequeño firmamento rutilante en torno al pastor vuelto junto a su rebaño: hachas innumerables ardieron durante la noche, como para simbolizar el júbilo insomne de la Urbe. Era el 17 de enero de 1377.



de un terror insólito", sacudidos por la vida sobrenatural que alimentaba a Catalina. Ella tenía un trato amable con todos los humildes, con los penitentes, con los perseverantes.

El Cisma en Roma

Pero, ¿qué sucedía en tanto en la Roma atormentada? La muerte de Gregorio XI algunos meses antes había cambiado los acontecimientos: el papa se había muerto en Roma a los cuarenta y seis años de edad, en la noche del 27 al 28 de marzo de 1378, bastante antes de los tumultos dramáticos de Florencia, sucedidos por esa época.



Ya durante su enfermedad última Gregorio estaba hondamente afligido por la intuición que tenía del cisma: Roma y los cardenales estaban preocupados en la espera de que cerrase los ojos. Los cardenales se consultaban, el pueblo quería conseguir un papa romano. Aún antes de que expirase Gregorio, el senador y los magistrados del Capitolio, los capitanes de los barrios, clérigos y ciudadanos ilustres se dirigieron al Palacio del Espíritu Santo y expusieron los deseos del pueblo. Los cardenales dieron buenas palabras y exhortaron a tener al pueblo tranquilo, ya que reinaba una agitación febril. Muerto el papa, los purpurados hicieron jurar a los jefes de la república defender el cónclave. Instancias continuas se sucedían para conseguir que se contentase al pueblo romano, mientras, durante nueve días, se sucedieron las exequias de Gregorio XI.

Entre tanto, con la muerte del manso pontífice se esfumaba la conclusión de la gran reunión de paz de Sarzana, porque se quedaría sin directrices válidas el cardenal De la Grange, representante de la Santa Sede, que se encontraba ya allí; era preciso esperar al nuevo elegido. Mas los acontecimientos tomaron un cariz mucho más complejo de lo que se podría prever.

Los cardenales se habían reunido en cónclave el 7 de abril de 1378, apenas apagados los ecos de las solemnidades fúnebres en sufragio de Gregorio XI. Habrían debido ser veintitrés de estar todos presentes; en cambio, eran dieciséis, puesto que seis se habían quedado en Aviñón, y uno, Gerardo de la Grange, obispo de Amiens, se encontraba, como hemos dicho, en Sarzana. Once eran franceses, cuatro italianos y uno español. De todos modos, los presentes enseguida se dieron cuenta de que el acuerdo habría de ser difícil. El cónclave se desarrollaba en el Vaticano, y fuera los jueces ciudadanos con tres obispos tenían la orden de mantener al pueblo en calma.

El arrabal fue cerrado con estacadas, y se vio la necesidad de hacer rodear de soldados el Palacio. Entre tanto, mientras dentro se desarrollaban las reuniones, el pueblo romano comenzó a agitarse y por todas partes se difundió una consigna: "¡Romano lo queremos, romano!". Poco a poco los grupos más audaces penetraron hasta la proximidad del cónclave e hicieron oír gritos amenazadores.

Siete de los cardenales franceses querían elegir a uno de Limoges, mas los otros cuatro conacionales se opusieron, capitaneados por Roberto de Ginebra. Fue propuesto Tebaldeschi, bueno pero demasiado anciano y de poca salud; después Orsini, el cual pareció demasiado joven; los otros dos italianos, uno florentino y el otro milanés, pertenecían a ciudades en guerra contra la Iglesia: eran Pedro Corsini y Simón de Brossano, ambos a dos buenos, mas inelegibles por la razón susodicha. Entonces se pensó en un prelado italiano que sobresaliese por su gran virtud y cordura y fue propuesto Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari. La noche transcurrió en una incertidumbre profunda, y sólo a la mañana siguiente los cardenales eligieron por unanimidad a Prignano con la única absten-

ción del cardenal Orsini, quien hizo saber que su voto sería para el candidato más favorecido por los votos de los otros.

El elegido era napolitano de nacimiento; sin embargo, su familia, según Ammirato, habría sido originaria de la región de Pisa. Era un hombre conocido por su gran probidad, por su modestia, por su aversión a los abusos, en particular, a la simonía.

El arzobispo fue introducido en el cónclave y le fue comunicada la elección: en el entretanto se pensó en el modo de aplacar la ira del pueblo. Como hemos dicho, el cardenal Orsini en un primer tiempo había propuesto que fuese elegido Tebaldeschi, cardenal de San Pedro, mas éste había rehusado por viejo y de salud delicada. Sucedió que justamente él en un cierto momento se asomó a la ventana, circunstancia por la cual la gente del pueblo sólo por verlo creyeron que fuese él el elegido; se pusieron a aclamarlo con gran alboroto. Un tropel corrió a su palacio a saquearlo en señal de sumo júbilo, como era entonces la costumbre, mientras otro tropel logró abrir la puerta del cónclave y penetrar en él.



Tal fue el ímpetu jubiloso y perentorio de la muchedumbre, que a los cardenales, asustados, no les quedó más que alejarse huyendo quién al Castel Santangelo, quién a otras casas.

Así la turba se incrementó para rendir homenaje al creído nuevo elegido, quien sólo con trabajo pudo hacer comprender que el elegido no era él, sino el arzobispo Prignano. Ante lo cual, la gente cambió de repente y se dispersó por las calles en tumulto y las campanas tocaron a rebato; y en menos que se dice, la Urbe estuvo patas arriba.

Después bajó el sueño sobre aquella jornada de violento humor del pueblo y vino la reflexión. A la mañana siguiente, las aguas estaban tranquilas. Los cardenales consideraron llegado el momento de consolidar la elección del nuevo pontífice, el cual fue coronado el día de Pascua, 18 de abril, en San Juan de Letrán con la máxima solemnidad y tomó el nombre de Urbano, sexto en la serie de sus homónimos. Luego se expidieron cartas a todos los soberanos de Europa para anunciar la elección llevada a cabo y éstos respondieron enviando palabras de adhesión y de devoción.

Roberto, cardenal de Ginebra, fue de los primeros en prestar homenaje, y escribió al Emperador, al Conde de Flandes, al Duque de Bretaña para comunicar la elección habida; los otros cardenales siguieron su ejemplo y escribieron a su vez a otros soberanos; por último, llegó de Sarzana el cardenal Gerardo de Amiens y presentó igualmente sus respetos. Después los purpurados todos compusieron un mensaje colectivo para los seis que quedaban en Aviñón, afirmando que Urbano había sido elegido legítima y canónicamente, y añadiendo que “a la hora en que el divino Paráclito descendió al corazón de los apóstoles en Jerusalén, nosotros libremente y de común acuerdo unimos nuestros votos en la persona del reverendo padre en Cristo Bartolomé arzobispo de Bari: hombre eminente por sus grandes méritos, cuya virtud brilla como lampara del santuario. Os anunciamos estas cosas para que, si la muerte del papa Gregorio os ha colmado de tristeza, el don que Dios nos ha hecho de un tal Padre pueda inspiraros alegrías”.

Siguieron luego las grandes fiestas de la Ascensión, de Pentecostés, del Corpus Domini y los cardenales oficiaron constantemente al lado del papa; sin embargo, en aquellos días ya eran evidentes las primeras grietas. Urbano mostraba un carácter bien distinto del de su predecesor, y se sentía inducido por el celo a usar repetidamente la férula de la reprimenda de un modo drástico. Esto suce-

dió desde el día siguiente a la coronación, cuando reprendió a algunos obispos presentes, declarándoles culpables de perjurio, porque habían dejado sus sedes episcopales y residían en Roma.

Sus palabras fueron tan severas, que el obispo de Pamplona profirió contra él algunas palabras altaneras y solemnes; y cosa peor acaeció con el cardenal de Amiens, vuelto de la reunión de Sarzana, cuando el papa le reprendió porque, según él, alimentaba la discordia entre Francia e Inglaterra y por otras acusaciones que sonaban a ofensa. A estas palabras el cardenal respondió de un modo desdeñoso en demasía: “¡Arzobispo de Bari, tú mientes”!, y le dio la espalda, saliendo del consistorio.

Cuando se piensa que, según voz común, se reconocían en Urbano virtud perfecta, pureza de intenciones, moderación de vida, aptitud para el sacrificio, se lamenta uno de que tantas dotes indiscutidas no hayan podido expresarse a través de un temperamento menos brusco y de un mayor sentido de oportunidad. De todos modos, los cardenales pronto se dieron cuenta de todo esto, y no sólo ellos: leemos como testimonio una carta escrita el 27 de abril de 1378 (cuando parece que subsistía aún la armonía entre el pontífice y la curia) por don Bartolomé Serafini, prior de la Gorgona, a Catalina. Andrés Gambacorti había vuelto de Roma, donde había acompañado al cardenal de Amiens y había recogido voces e impresiones respecto a Urbano VI; por eso don Bartolomé escribía a la Santa: “... Sabe, Madre en Cristo, que Andrés de Micer Pedro Gambacorti volvió el domingo pasado a Pisa. Y, según se dice, este nuestro Padre santo es un hombre terrible, y asusta mucho a las personas con sus actos y palabras; diciendo por fuera que quiere paz mas con honor de la Iglesia y que é no se preocupa de los dineros, y que si los florentinos quieren paz, vayan a él con verdad sin color de mentira. Y muestra según sus palabras que quiere estar contento y los pactos que quería el papa Gregorio; por lo cual, no se espera paz, sino más bien gran guerra.... Muestra que hay en él una grana confianza en Dios, por la cual no teme a ningún hombre del mundo, y procura abiertamente quitar las simonías y las grandes pompas que reinan en la Iglesia de Dios; y muestra por su ejemplo que vivía moderadamente en su corte”.

Catalina debió de reflexionar en las palabras de Bartolomé, porque escribió a Urbano VI y a otros personajes algunas cartas llenas de resonancias suplicantes. Al papa le escribió:

“Yo Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre; con el deseo de veros fundado en la verdadera y perfecta caridad, para que, como pastor bueno, pongáis la vida por vuestras ovejas. Y verdaderamente, Padre santísimo, sólo aquel que está fundado en la caridad es el que se dispone a morir por amor de Dios y la salvación de las almas, ya que está privado del amor propio de sí mismo. Porque aquel que está en el amor propio, no se dispone a dar la vida; y no sólo la vida, mas ni una pequeña cosa parece que quiera soportar; ya que siempre teme por sí, esto es, que no pierda la vida corporal y los propios consuelos. De donde lo que hace, lo hace imperfectamente y corrompido, porque está corrompido su afecto principal con el cual actúa. Y en todo estado obra poco virtuosamente, sea pastor o súbdito. Mas el pastor que está fundado en la caridad verdadera, no obra así...

Ni, con todo, afloja el fuego del santo deseo, y no quita de sí la margarita de la justicia, que lleva brillante en su pecho y unida con la misericordia. Ya que, si hubiese justicia sin misericordia, estaría con las tinieblas de la crueldad, y más bien sería injusticia que justicia; y misericordia sin justicia sería en el súbdito como un unguento sobre una llaga, que pide ser cauterizada con el fuego; porque, poniendo allí sólo el unguento sin quemarla, se corrompe más bien que sana. Mas, unida juntamente la una y la otra, da vida en su prelado, en el que ella reluce; y salud al súbdito, si él no fuese ya miembro del demonio que de ningún modo se quisiese corregir.”



A Pedro de Luna, cardenal acreditado que vino a ser luego antipapa, le escribió incitándole a permanecer fiel al verdadero pontífice:

“Quiero, pues, dulce Padre mío, que os enamoréis de la verdad, par que el santo principio que tuvisteis, conociendo que la Esposa de Cristo tenía necesidad de un bueno y santo pastor (y por esto os expusisteis a todo sin temor), para que esto, pues, se vea en vos por obra con perseverancia, yo os ruego que estéis al oído de Cristo en la tierra para hacerle oír continuamente esta verdad; de suerte que en esa verdad reforme a su Esposa. Y decidle con corazón viril, que la reforme con santos y buenos pastores en obra y en verdad, no solamente con el sonido de la palabra; y a que, si se dijese y no se hiciese, esto no sería nada. Y si no se hiciesen buenos pastores, jamás cumpliría su deseo de reformarla. Quiera, pues, por amor de Cristo crucificado, con esperanza y dulzura desarraigar los vicios y plantar la virtud, según su poder”.

Y a Urbano escribió después nuevamente con alusiones más claras a aquella moderación que le hubiera ganado las voluntades:

“Dulce Padre mío, grandísima gracia os debe de ser tener quienes os ayuden a ver y a cuidarse de aquellas cosas que fueron afrenta para vos y daño de las almas. Mitigad un poco por amor de Cristo crucificado aquellos movimientos repentinos que la naturaleza os ofrece. Con la santa virtud dad el golpe a la naturaleza. Como Dios os ha dado el corazón grande naturalmente, así os ruego y quiero que os ingeniéis de tenerlo grande sobrenaturalmente; esto es, que con celo y deseo de la virtud y de la reforma de la santa Iglesia adquiráis un corazón viril fundado en verdadera humildad”

Mas las circunstancias se desenvolvieron en sentido opuesto a la orientación unitaria:

desgraciadamente tampoco las relaciones con las potencias europeas fueron grandemente cuidadas que se diga por Urbano, especialmente las relativas a la Reina Juana, cuyo marido, Otón de Brunswick, venido a Roma para rendir homenaje al nuevo elegido, fue recibido con mediocre cortesía, lo que indis-



puso a la corte de Nápoles. Respecto luego de las largas relaciones bélicas y diplomáticas entre Francia e Inglaterra, el papa, frente a los purpurados franceses, se expresó en sentido más bien favorable al rey de Inglaterra, de modo que aquéllos quedaron vivamente contrariados.

Surgieron, además, puntos vivos de disputa entre el papa y los cardenales sobre dos temas importantes: sobre el tenor, esto es, de las constituciones que el papa promulgó para reformar en sentido más regular y canónico la vida de los componentes del Sacro Colegio; y sobre la nueva traslación de la Santa Sede a Aviñón. Respecto de este último tema poseemos los testimonios de Tomás de Pietra, protonotario de la Santa Sede: “Durante las disputas entre los cardenales y el papa Urbano, yo me dirigí a este último y le supliqué humildemente que me dijese cuál fuese en realidad el motivo de esta contienda, y Él me respondió: Cierto, hijo mío, la culpa no es nuestra. Ellos nos excitaban a retornar a Aviñón, mas Nos nos excusamos diciendo que no podíamos ni queríamos hacer una cosa semejante, considerando que nuestros predecesores Urbano y Gregorio habían vuelto aquí para restaurar los santuarios de esta ciudad, reavivar la devoción del pueblo hacia la santa Iglesia y pacificar

Italia, cosas todas que estaban aún por hacer; además, aun si hubiésemos querido satisfacer su deseo, nos hubieran faltado las galeras y los medios. Ellos respondieron que Italia no había sido nunca gobernada por al Sede Apostólica, y nos propusieron vender todos los bienes pertenecientes a la Orden de San Juan de Jerusalén esparcidos por el mundo, diciéndonos que con aquel dinero se habrían tenido medios suficientes para realizar este proyecto. Al oír esto, Nos nos estremecimos y respondimos que habríamos preferido morir mil veces antes que destruir el brazo derecho de la cristiandad. Esa ha sido la causa real de la discordia”.

Entre tanto, en junio, con el pretexto de que el clima romano era poco salubre, los cardenales franceses se retiraron todos a Anagni. Acaso su intención era de invitar allá a Urbano VI y obligarle a abdicar, mas él no se movió. Se dedicaron a preparar apoyos políticos y fuerzas militares para imponer la acción que intentaban desarrollar. Hallaron en esto un fácil camino por el hecho de que estaban investidos aún de cargos eminentes personajes franceses, como Pedro de Rostaing, quien mandaba la guarnición de Castel Santángelo, y tenía en su mano prácticamente las llaves del Vaticano, razón por la cual Urbano se vio obligado a residir prudentemente en Santa María in Trastévere. Lograron también atraerse a Honorio Gaetani, conde de Fondi, gobernador de la llamada “marca anagnina” y provisto de fuertes medios militares, el cual tenía ojeriza a Urbano VI porque exigía un crédito de 12.000 florines de oro, en cuanto que el papa le había dimito, nombrando en su lugar a Tomás de Sanseverino, su rival. Por añadidura, Gaetani estaba emparentado con el Duque de Brunswick. De tal modo los cardenales rebeldes disponían en la práctica de gran parte de la región al sureste de Roma, y de Roma misma desde el punto de vista militar.

Contrataron, además, la compañía de los “lanceros libres bretones”; a los cuales, sin embargo, se opuso el pueblo romano en armas, impidiéndoles su paso hacia Fondi. Siguió una refriega en Ponte Salario; los romanos, menos organizados que sus adversarios, sufrieron graves pérdidas: más de quinientos fueron muertos y otros cayeron prisioneros.



Mas a este estrago enseguida siguió otro de parte del pueblo, levantado en armas. Exaltados por un furor de venganza, asaltaron las casas de los forasteros sin discernir si fuesen franceses, ingleses, alemanes, y, a su vez, saquearon y mataron, y usaron de represalias particulares contra algunos sacerdotes ingleses que habían permanecido fieles a Urbano. En cambio, trataron con mayor benignidad a los alemanes. Sabedor de la política de cerco por parte de los adversarios, Urbano había de-

dejado Roma también él desde junio, retirándose a Tívoli, y desde allí había intentado negociar, invitando a tres cardenales italianos, Jacobo Orsini, Pedro Corsini, obispo de Porto, y Simón de Brossano, a tratar con los purpurados de Anagni, quienes, sin embargo, habían hecho presión sobre los colegas urbanistas a fin de que se uniesen a ellos.

Los italianos en un primer tiempo permanecieron fieles al papa, manteniéndose alejados de los manejos de la rebelión; mas en un cierto momento se arrimaron a los disidentes, y así hizo el es-

pañol Pedro de Luna, no obstante, las exhortaciones que le dirigiera Catalina. Un solo cardenal italiano permaneció devoto al papa y fue Tebaldeschi, el cual en el lecho de muerte, el 22 de agosto, declaró que la elección de Urbano había sido libre y válida: aquel día mismo murió.

En este momento Urbano VI, dejado completamente solo, renovó el Sacro Colegio, nombrando el 18 de septiembre veintiséis cardenales nuevos, de los cuales dos eran franceses y veinticuatro italianos. Esto apresuró la resolución: los rebeldes de Anagni citaron al papa y enviaron a las potencias una circular en la que declaraban que el papa había sido elegido únicamente por temor a la furia popular y por ello, inválidamente; y le calificaron a él personalmente como apóstata.

El 20 de septiembre completaron la labor nefasta, eligiendo como antipapa al cardenal conde Roberto de Ginebra, quien asumió el nombre de Clemente VII, y cuya elección fue notificada a las cortes europeas. El nuevo elegido era ante todo un príncipe de su tiempo, poseía varios rasgos humanísticos y diplomáticos, mas, sobre todo, militares de los que señalaron la civilización del Renacimiento; sin embargo, espiritualmente no estaba a la altura de los propios recursos políticos, y esto debió de influir gravemente enseguida sobre el curso de los acontecimientos.

Raimundo de Capua nos cuenta su visión

Catalina inspira el retorno del papado a Roma. En 1375 Florencia, Perugia, una gran parte de la región Toscana de Italia y hasta los Estados Pontificio, entraron en liga contra la Santa Sede. El corazón de Catalina, que tres años antes había profetizado estos eventos, se traspasó de dolor. Por sus oraciones y esfuerzos, muchas ciudades, entre ellas Arezzo, Lucca y Siena se mantuvieron fieles al papa.

El papa Gregorio XI, que residía en Aviñón, al no conseguir nada con sus cartas a Florencia, envió un ejército a esta ciudad. Las divisiones internas causaron que los florentinos buscaran reconciliación. Le pidieron a Santa Catalina que fuera mediadora. La santa llegó a Aviñón el 18 de junio de 1376. El papa se reunió con ella y con gran admiración por su prudencia y santidad, le dijo: "No quiero otra cosa sino paz. Pongo este asunto enteramente en tus manos".

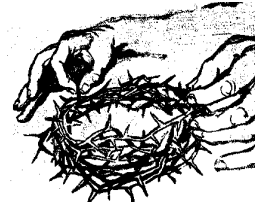
El papado se encontraba en Aviñón, hoy parte de Francia, desde el 1314, cuando fue electo papa el francés que tomó el nombre de Juan XXII. Sus sucesores también vivieron en Aviñón. El Papa es el obispo de Roma, por lo que los romanos protestaban que su obispo los había abandonado por setenta y cuatro años y amenazaban con un cisma. Gregorio XI había hecho voto secreto de regresar a Roma, pero no se decidía al notar la resistencia de su corte. Aprovechando la presencia de Catalina en Aviñón, le consultó el caso. "Cumpla lo que le ha prometido a Dios", fue la respuesta de Catalina. La santa recibió del Señor la certeza de que el Papa debía regresar a Roma y aquel fue el momento en que se lo pudo comunicar. El Papa, sorprendido de que supiese por revelación lo que el no había confiado a nadie, decidió cumplir con su traslado a Roma. Catalina le escribió en varias ocasiones animándole a apresurar su retorno a Roma. El Papa salió de Aviñón el 14 de septiembre de 1376.



No tardaron en aparecer las envidias y las preguntas farisaicas de los que deseaban atrapar a la santa. Pero se quedaban asombrados ante sus respuestas a las preguntas más difíciles sobre la vida interior y otros temas. Por otro lado, los florentinos continuaban en sus intrigas contra el Papa por lo que éste envió a Catalina a vivir en esa ciudad. Pero al final, en 1378, logró la reconciliación de esa ciudad con el sucesor de Gregorio, el Papa Urbano VI.

En seguida Catalina volvió a Siena para continuar su vida solitaria de oración intensa. Algunas de sus meditaciones fueron recogidas en el tratado *Sobre la Providencia*. Por años, vivió en abstinencia rigurosa, de tal manera que prácticamente se alimentaba solo de la Eucaristía. En una ocasión ayunó desde el miércoles de ceniza hasta el día de la Ascensión, recibiendo solamente la Sagrada Hostia.

En una visión, el Señor le presentó dos coronas, una de oro y la otra de espinas, invitándola a escoger la que más le gustara. Ella respondió: “Yo deseo, oh Señor, vivir aquí siempre conformada a tu pasión y a tu dolor, encontrando en el dolor y en el sufrimiento mi respuesta y deleite”. Entonces, con decisión tomó la corona de espinas y la presionó con fuerza sobre su cabeza.



Dos veces, en fiestas litúrgicas especiales, la Virgen le ayudó milagrosamente. Durante una misa de Año Nuevo, Catalina estaba tan sobrecogida por la emoción, que cuando se puso de pie para ir a recibir comunión estuvo a punto de caer. La Virgen, con sus manos tiernas y, al mismo tiempo, fuertes, la sostuvo hasta que se recuperó.

Un día de la Asunción, que tradicionalmente era la fiesta más grande del año en Siena, Catalina estaba muy enferma en cama y deseaba intensamente por lo menos poder ver la catedral. De pronto se encontró en el atrio de la Catedral de la Asunción de Nuestra Señor y pudo caminar perfectamente y participar en la misa solemne dedicada a la Virgen.



Catalina tenía gran devoción por el Niño Jesús. Una noche de Navidad, mientras oraba con sus hermanas de la Tercera Orden en la Iglesia de Santo Domingo, se le concedió una visión muy impresionante: la Virgen María de rodillas adorando en oración ferviente al recién nacido, el Divino Niño. Catalina estaba tan sobrecogida que suplicó humildemente a la Virgen que le permitiera cargar al Niño por un momento. Con una sonrisa afectuosa, la Virgen tomó al Niño y se lo entregó a Catalina, quien teniéndolo en sus brazos, lo besó y le susurró al oído los nombres de todos sus seres queridos.

Poco antes de morir, en el Adviento, Santa Catalina escribió estas palabras a una amiga: “Te pido, en este dulce tiempo de Adviento y de la fiesta de Navidad, que visites el pesebre donde posa el Manso Cordero. Allí encontrarás también a María, una extranjera y un exilio, en tan gran pobreza que no tiene con qué vestir al Hijo de Dios, o fuego con que calentarlo.... Asegúrate de recurrir siempre a la Virgen Santísima, abrazando siempre la cruz.”

En 1378, ocurre el gran cisma de la Iglesia. Al morir Gregorio XI, el papa Urbano VI fue electo. Más tarde muchos cardenales declararon la elección nula y eligieron a un nuevo Papa, Clemente VII. Con él, se fueron a Aviñón.

Santa Catalina sufrió muchísimo por Jesús y su Iglesia. Escribió a los cardenales y príncipes de varios países implorándoles que reconocieran al papa Urbano y así acabar con el cisma. También

escribió al mismo papa Urbano exhortándole a dominar su difícil temperamento que había sido en parte causa de la división. El Papa la escuchó y le pidió ir a Roma para ayudarle a persuadir a los cismáticos. Trabajando en esa misión en Roma, la santa se enfermó y murió el 29 de abril de 1380, a la edad de treinta y tres años.

Fue enterrada en Roma, en la Iglesia de Minerva, donde hoy día puede visitarse su cuerpo que yace bajo el altar tras un panel de cristal. Su cabeza está en la Iglesia de Santo Domingo en Siena, en cuya ciudad también se puede visitar su casa, ver sus instrumentos de penitencias y otras reliquias.

Para apreciar la vida de la santa, tan engalanada con dones extraordinarios, no podemos olvidar su incondicional amor a la cruz. Tuvo grandes y prolongados sufrimientos, tanto los físicos como los del corazón. Cuando se ama mucho se sufre por el amado. Ella sufría las ofensas contra Jesús, contra Su Madre, contra la Iglesia, contra los pobres. Sufría por los pecadores. Aunque muchos la admiraban, muchos también la tildaban de farsante y la hacían sufrir. Sus virtudes heroicas la hicieron victoriosa sobre sus pasiones en las pruebas más difíciles. Es por todo esto que la debemos admirar y nos sirve de inspiración para nosotros buscar la santidad. En Santa Catalina vemos lo que Dios puede hacer con un corazón que se deja traspasar de amor por Él y por la Virgen.



Y nos sigue narrando...

... El arzobispo de Acerenza había concebido una gran estima por ella, sabiendo que yo era su confesor, me rogó que le escribiese que viniera a Roma a visitar a Su Santidad. Yo le escribí enseguida, pero ella me respondió con prudencia: "Padre, muchos de nuestros conciudadanos con su mujeres, y también algunas hermanas de mi Orden, por el exceso de viajes que, como ellos dicen, he hecho hasta ahora dando vueltas de acá para allá, se han escandalizado un poco y dicen que no es conveniente que una virgen religiosa se ponga demasiado a menudo en camino. Aunque estoy segura de no haber hecho nada malo durante estos viajes, pues he ido donde he ido por obediencia a Dios y a su Vicario o por la salud de las almas, sin embargo, para no dar motivo de escándalo, me propongo por ahora no moverme de aquí. Pero, si el Vicario de Cristo quiere absolutamente que vaya, hágase su voluntad y no la mía. Si fuese así, usted hágalo de tal modo que su voluntad aparezca por escrito, con el fin de que quien se escandaliza vea claro que no me muevo por capricho".

Recibida la respuesta, fui a ver al Pontífice y, postrado a sus pies, se lo conté todo. Él me encargó que le transmitiera como un precepto de santa obediencia que había de salir enseguida; y así lo hice.

Como hija de la obediencia, Catalina emprendió de inmediato el viaje hacia Roma, seguida de un gran número de hombres y mujeres. Otros aún le hubieran seguido, si ella no se lo hubiese impedido. Quienes la acompañaron, se remitieron a la obediencia de Dios y prefirieron peregrinar y mendigar con la virgen que quedarse en sus propias casas, donde no les faltaba nada, salvo una tan suave y buena compañía.

El Sumo Pontífice se mostró feliz de volverla a ver y quiso que dijera dos palabras de exhortación ante los cardenales presentes, en especial a propósito del cisma, que entonces estaba en su comienzo. La virgen los animó con muchos argumentos expresados con bellas formas a tener una fuere constancia. Demostró que la Divina Providencia está siempre presente, en especial cual la Iglesia sufre, y concluyó diciendo que no tuvieran miedo del cisma que comenzaba, y que hiciesen lo que Dios les inspirase.

Cuando hubo acabado de hablar, el Pontífice, tranquilizado, hizo eco de sus palabras y dirigiéndose a los cardenales, les dijo: "Fijaos, hermanos,



de qué modo ante el Señor resultamos dignos de ser reprendidos por nuestros temores. Esta mujercilla nos confunde. La llamo mujercilla, no por desprecio, sino para indicar el sexo al cual pertenece, que de por sí es débil, y para nuestro aliento. Por naturaleza, ella debería temer también cuando nosotros nos sintiésemos bien seguros; en cambio somos nosotros los que tememos, mientras que ella no lo hace; más aún, nos da

valor con su persuasión. ¡Esta es la vergüenza!" Y continuó: "¿De qué habría de tener miedo el Vicario de Jesucristo, aunque todo el mundo se le pusiera en contra? Cristo es más poderoso que el mundo, y no es posible que abandone a su Iglesia".

Con tales palabras, el Sumo Pontífice, animándose a sí mismo y a sus hermanos, aprobó en el Señor a la santa virgen, y le concedió, a ella y a quienes la acompañaban, muchas gracias espirituales.

Cuando hubieron pasado algunos días, se le ocurrió al Pontífice mandar a la virgen Catalina, junto con otra virgen, también llamaba Catalina y que era hija de la beata Brígida de Suecia, la cual hacía poco que el Papa Bonifacio X había incluido en el catálogo de los Santos, a visitar a Juana, reina del Reino de Sicilia. Esta reina, por instigación del diablo, se había rebelado contra la santa Iglesia y estaba perdiéndose tras el cisma y los cismáticos. Era de esperar que las dos vírgenes, bien conocidas de Juana, la apartasen de su error.

Cuando nuestra virgen se enteró de la intención del Papa, no se retrajo del peso de la obediencia, y se ofreció a ir allá. La otra Catalina, esto es, la de Suecia, no quiso saber nada de ello y, en mi presencia, se negó a emprender el viaje. Tengo que confesar que también yo, por mi poca fe, tuve muchas dudas sobre la disposición decidida por el Pontífice. Pensé que la buena fama de las santas vírgenes es muy delicada y que basta una nadería para denigrarla. La reina a la cual eran enviadas, erigida por los secuaces de Satanás, ¡tenía tantos a su alrededor!, podía muy bien mandar a hombres perdidos para hacerles daño por el camino e impedir que se acercasen a ella; así no hubieran conseguido lo que intentaban y ambas vírgenes hubieran sido infamadas.

Manifesté al Pontífice mis pensamientos y él, después de pensarlo, me respondió: “Dices bien; es mejor que no vayan”. Cuando se lo conté a la virgen, que me escuchaba tendida sobre su cama, me miró fijamente y me interrumpió diciendo en voz alta: “¡Si Inés y Margarita hubieran pensado tantas cosas, no habrían conseguido nunca la corona del martirio! ¿No tenemos acaso nosotras un Esposo que nos puede librar de caer en las manos de los impíos y conservar nuestra pureza incluso en medio de una turba de hombres desvergonzados? ¡Las consideraciones que ha hecho no valen nada, y no se las ha sugerido la prudencia, sino por la poca fe!”. Al oírla, aunque dentro de mí me avergonzase de mi imperfección, me alegré de su gran virtud y admiré la estabilidad de su fe.

El Pontífice, mientras tanto, había determinado que el viaje de las dos vírgenes no tuviese lugar, y yo no hablé con nadie más de él.

He contado la cosa para que todos los lectores puedan ver el grado de perfección que Catalina había alcanzado.

Después de todo esto, le pareció bien al Sumo Pontífice mandarme a las Galias, creyendo poder conseguir, por medio de sus Legados, alejar del cisma a Carlos, rey de Francia, que había entrado a formar parte de sus instigadores. Pero no se había de conseguir nada, porque Carlos tenía un corazón más duro que el de los faraones.

Conocida la intención del Pontífice, hablé con la virgen y ella, aunque disgustada por tener que renunciar a tenerme a su lado, me convenció para que obedeciera enseguida los deseos del Papa. Entre otras cosas me dijo: “Tenga por cierto, padre, que éste es el verdadero Vicario de Cristo, por más que digan los cismáticos calumniadores; y quiero que usted se exponga a predicar y a defender esta verdad, tal como tiene la obligación de hacerlo por la verdad de la fe católica”. Aunque tenía ya la certeza de esa verdad, sus palabras me reafirmaron en el propósito de trabajar contra los cismáticos que la impugnaban; aún hoy, según mis fuerzas, no dejo de trabajar por la defensa del verdadero pontífice. El recuerdo de sus palabras me es verdaderamente de gran consuelo en la tristeza y en las horas de extravío. Hice pues tal como ella me sugería y me uní al cuello el yugo de la obediencia.

Algunos días antes de mi partida, previendo el futuro, quiso hablar conmigo de las revelaciones y los consuelos que había recibido del Señor y excluyó, no del lugar, pero sí de nuestros coloquios, a cualquier otra persona. Permanecimos juntos varias horas y, acabado el coloquio, me dijo: “Vaya con Dios, porque creo que en esta vida nunca hablaremos entre nosotros tan largamente como lo hemos hecho ahora”. ¡Así exactamente sucedió!.

Yo me fui y ella se quedó y, antes de que yo volviera, ella voló al cielo. ¡En verdad no pude volver a gozar de sus santos razonamientos! Cuando subí a la nave, Catalina vino personalmente hasta allí para acompañarme, ¡pienso que para darme el último saludo!. Cuando nos separamos de la tierra firme, ella se arrodilló para rezar y luego, con lágrimas en los ojos, nos dirigió la señal de la cruz, como si quisiera decir: “Tú, hijo mío, irás seguro bajo la protección del signo de la santa cruz; pero en esta vida no volverás a ver a tu madre”.

Todo fue de maravilla. A través de un mar infestado de piratas, navegamos sin molestias hasta Pisa y, también sin ser molestados, llegamos a Génova a pesar de que habíamos encontrado na-



ves de cismáticos que se dirigían a Aviñón. Continuamos el camino por tierra y llegamos a Ventimiglia pero, de haber continuado, hubiéramos caído en las insidias preparadas por los pérfidos cismáticos, los cuales, antes que nada, querían matarme. En cambio, como Dios lo quiso, pues nos entretuvimos un día en Ventimiglia, un fraile de mi Orden, nativo de aquellos lugares, me mandó una carta que decía: "No vayas más allá de Ventimiglia, porque te han preparado trampas; si caes en ellas, nadie te salvará de la muerte". Leída la carta, por consejo del compañero que me había dado el Papa, volví atrás y me detuve en Génova.

Desde allí informé al Pontífice de cuanto sucedía y le pregunté cómo debía comportarme. Me respondió que me quedase y que predicase en Génova la cruzada contra los cismáticos. Por esta razón se retrasó mi retorno, y durante este tiempo la santa virgen terminó felizmente el curso de su vida, coronada, como veremos, con un admirable martirio.

A partir de entonces no pude volver a ser testimonio ocular de lo que sucedió, y lo que escribiré lo recojo de las cartas que en aquel tiempo me mandaba a menudo para tenerme al corriente de su vida; también lo saco de lo que me dijeron hombres y mujeres que estuvieron junto a ella hasta que expiró y que, tras su muerte, vieron los prodigios que el Señor operaba por medio de su esposa; también lo obtengo de los escritos de algunos hijos suyos inteligentes que dejaron escritas en latín y en lengua vulgar algunas cosas notables para que fuesen conocidas de todos.

Pero para que, citando de manera genérica los testimonios, no parezca que quiera engatusar al lector, los nombraré a todos, hombres y mujeres, de uno en uno. ¡A ellos habrá que creer, no a mí!. Yo los conocía; y todos ellos, que imitaron a la perfección el ejemplo de la virgen, son los únicos intérpretes sinceros de sus acciones. Aquí están sus nombres: comienzo por las mujeres, porque ellas no la abandonaron casi nunca.



Alessia de Siena, hermana de la Penitencia de Santo Domingo, que, aun habiéndose puesto bajo su guía más tarde que las demás, en mi opinión fue la primera por la perfección de sus virtudes. Estuvo casada con un noble científico, y se quedó viuda muy pronto; aún joven, despreció los placeres del mundo y de la carne y se aficionó de tal modo a la virgen que no podía vivir sin ella. Vendió todos sus bienes, y por consejo de la virgen misma lo distribuyó todo a los pobres. Imitando a su maestra, ayunaba, velaba, martirizaba su carne con muchas penitencias, y continuamente se entregaba a la plegaria y a la contemplación. Fue tan perseverante y perfecta que, si no me equivoco, la santa virgen, revelándole en sus últimos días sus secretos quiso que, después de su muerte, la pusieran en su lugar y la imitaran.

Apenas volví, la encontré todavía viva en Roma y me contó muchas cosas. Poco después murió y siguió a aquella que había amado tanto en el Señor. Alessia fue mi primera informadora de lo que sucedió durante mi ausencia.

La segunda es Francesca, mujer muy religiosa y unida a Dios y a Catalina con verdadero afecto. Al quedarse viuda, tomó de inmediato los hábitos que también la virgen vestía; también consagró al servicio de Dios, en la Orden de Predicadores, los tres hijos que le habían quedado, que condujo al cielo, soy testigo yo de ello, antes de morir. Llevaron una vida ejemplar, como me es conocido. Volaron al cielo durante la peste, no sin una milagrosa intervención del Altísimo, solicitado por

las plegarias de esa virgen, como recuerdo haberlo escrito en la segunda parte de esta obra, en el capítulo que habla de los milagros operados a propósito de la salvación de las almas. También Francesca, junto con las demás, me puso al corriente de muchas cosas y murió poco después de Alessia.

La tercera compañera de santa Catalina es Lisa, que sigue en vida. Todos la conocen en Roma, especialmente en el barrio donde vive. De ella no digo nada, porque vive aún y porque que la esposa de un hermano de Catalina. No quisiera que los incrédulos consideraran sospechoso su testimonio, aunque siempre he encontrado que Lisa es una mujer que no dice mentiras.

Tras la muerte de Catalina he conocido a muchos hombres que estuvieron presentes en su tránsito, pero sólo nombraré a cuatro, porque los considero insignes y llenos de virtud. Dos están ya en el cielo con ella; los otros dos siguen en vida. Los nombro para confundir a los incrédulos y también para decir de cada uno de ellos algo en particular.

El primero de ellos fue un cierto Santi, santo de nombre y de hechos, tanto que lo llamábamos fray Santo. Era de Teramo, y por el Señor abandonó a sus parientes y su ciudad, y se fue a Siena donde, durante treinta años o más, si no me equivoco, con el consejo de bravos y devotos religiosos, llevó una vida irreprochable de anacoreta. Era ya viejo cuando se encontró con esa perla preciosa, esto es, con la virgen Catalina y, abandonando la tranquilidad de la celda y su primer modo de vivir, la siguió no sólo para favorecerse a sí mismo y a los demás, sino también porque le atraían los signos y los milagros que cada día veía llevarse a cabo en sí mismo y en los demás. Él afirmaba que, siguiendo a Catalina y escuchando su doctrina, encontraba mayor tranquilidad y consolación de mente y mayor provecho en la virtud que permaneciendo en la soledad de su celda. Reconocía de un modo especial haber sacado provecho de la virtud de la paciencia porque, como sufría mucho por una penosa enfermedad cardíaca, había aprendido de Catalina a soportarla con paciencia y con alegría; por ello agradecía al Altísimo. Santi me informó de muchas cosas que sucedieron mientras yo estaba lejos. También él, durante una nueva ausencia mía, se fue al cielo a reunirse con su maestra.



El segundo fue un florentino, joven de edad pero viejo de cordura y, a mi juicio, lleno de todas las flores de la virtud. Se llamaba Barduccio. Dejó a sus padres, a sus hermanos y su tierra, y siguió a la santa virgen a Roma, donde permaneció con ella hasta que la vio expirar. Descubrió enseguida que Catalina tenía por él un amor espiritual más fuerte aún que a los demás. Creo que ello sucedió por su pureza, que considero que fue virginal. No ha de maravillarnos que una virgen amase a un hombre virgen. Muerta Catalina, Barduccio se apoyó en mí y se puso bajo mi dirección. Creo que esto lo quería ella, pues sabía que le quedaba poco tiempo de vida. En efecto, poco después de la muerte de Catalina, Barduccio fue atacado por la enfermedad que los médicos llaman tisis y, aunque de tanto en tanto se le veía mejorar, al fin murió. Preocupado porque el aire de Roma le perjudicaba, lo mandé a Siena, pero poco tiempo después entregó el espíritu a Cristo. Me dicen aquellos que estuvieron presentes en su muerte que, al llegar a sus momentos extremos, miró a lo alto y comenzó a sonreír alegremente, y con aquella sonrisa entregó el espíritu. Los signos de aquella sonrisa jubilosa se le quedaron en los labios incluso después de muerto. Esto debió de suceder porque veía venir a su encuentro, alegre y vestida de esplendor, a aquella que en esta vida había amado con sincera pureza de corazón. También él me contó muchas cosas ocurridas

en mi ausencia, y yo le presto toda la fe, como si las hubiese visto por mí mismo, pues sé con certeza que fue un joven de gran virtud.

El tercero está todavía vivo, y es Stefano dei Maconi, de Siena. No hago su panegírico porque sigue en vida y, mientras está en vida, no hay que alabar a nadie. Pero para que se sepa, diré que fue uno de los amanuenses de la virgen, y que escribió bajo su dictado la mayor parte de sus cartas y la mayor parte de su Libro. Era tan entusiasta de Catalina que, abandonando a su padre, a su madre, a sus tres hermanos y su ciudad, la acompañó a todas partes donde iba. La virgen, cuando estaba agonizando, lo llamó y le dijo: "Hijo, es voluntad de Dios que dejes totalmente el mundo y entres en la Orden de los Cartujos". El buen hijo recibió con devoción el mandato y lo ejecutó escrupulosamente por los hechos se sabe, y cada día es más visible, que aquellas palabras salieron de la boca del Altísimo, porque no recuerdo haber visto u oído en ninguna Orden que un religioso novel hubiese sacado un provecho tan claro de las virtudes.

Después de profesar, no tardó mucho en ser prior y se comportó tan bien que lo reelegían constantemente. Hoy es Prior en Milán y Visitador de muchos conventos de su Orden. Su nombre goza de gran estima. Escribió algunas cosas que sucedieron durante el tránsito de la virgen, en el que estuvo presente, y que me repitió de vida voz. Él fu también testigo de casi toda la vida de Catalina, hasta el punto de que puedo decir con Juan Evangelista: "Y él sabe que digo la verdad"; esto es, Stefano, cartujo, sabe que Raimundo, de la Orden de los Predicadores, dice la verdad, y Raimundo, aun indignamente y sin merecerlo, ha escrito la vida de Catalina.

El cuarto y último de los hombres que me lo han contado todo vive aún, es Neri dei Pagliaresi, de Siena, hijo del difundo Landoccio. Después de la muerte de la santa virgen, comenzó una vida anacoreta, en la cual persevera. Con Stefano y Barduccio fue uno de los amanuenses, tanto de las cartas como del Libro; antes que los otros, había dejado a su padre, que vivía aún, y a sus parientes para seguir a Catalina. Puesto que durante largo tiempo conoció las acciones virtuosas de la santa virgen, lo he llamado como testigo de esta vida, junto al hermano Stefano, cartujo.

Éstos y éstas, con la palabra y con los escritos, me informaron sobre las cosas que ocurrieron durante mi ausencia tanto antes de la muerte como durante la agonía y el tránsito de Catalina.

Testamento espiritual y tránsito de santa Catalina

Su concepto primero y fundamental fue que quien se acerca al servicio de Dios y quiere verdaderamente poseer a Dios, debe despojar su corazón de todo amor sensible, no sólo hacia cualquier persona, sino también hacia cualquier criatura, y buscar a Dios creador con un corazón simple e íntegro. El corazón, decía ella, no puede entregarse totalmente a Dios ni no está libre de cualquier otro afecto y si no es franco y simple, sin doblez. Afirmaba también que, desde niña, no había hecho sino trabajar para alcanzar este fin. Dijo también que había conocido que el alma, sin la plegaria, no podía llegar de un modo perfecto al estado en que puede dar completamente su corazón a Dios, y demostró que la oración debe fundamentarse en la humildad, y no provenir de la confianza en alguna virtud de quien reza, que siempre ha de reconocer que por sí mismo no es nada. Añadía que se había esforzado siempre con toda diligencia y solicitud a entregarse al ejercicio de la plegaria para adquirir su virtud continua, pues había visto que por la plegaria las demás virtudes re-



cibían incremento y vigor, mientras que, sin ella, se debilitaban y desaparecían. Por ello persuadía a los oyentes a que perseverasen en la plegaria, y distinguía dos modos de oración, la vocal y la mental, y les enseñaba que atendieran en ciertas horas determinadas a la plegaria vocal, pero a la plegaria mental siempre, bien en acto, bien por costumbre.

Dijo también que con la luz de la fe había intuido claramente y visto que cuanto le ocurría a ella o a los demás, venía todo de Dios, no por odio, sino por el gran amor que Él tiene por sus criaturas. Por esta razón, ella había concebido y adquirido un gran amor y una pronta obediencia a los mandamientos de Dios y a sus ministros, considerando siempre que sus mandatos venían de Dios por la necesidad de su propia salvación o para aumentar de las virtudes de su alma. Añadió que para conseguir pureza de mente es preciso que el hombre se abstenga de juzgar al prójimo y de charlar de las cosas que hace, pues en toda criatura deberíamos ver sólo la voluntad de Dios. Por ello les decía muchas cosas a propósito de no juzgar por cualquier motivo a ninguna criatura; y que no habían de despreciarla o condenarla, aunque con sus propios ojos la viesan cometer pecado. Y si llegaban a conocer una culpa de alguien, debían tener compasión el pecador, rogara al Señor por él y no considerarlo digno de desprecio y de condena.

*"Amaos los unos a los otros,
hijos míos queridísimos.
¡Queréos mucho!"*

Decía que había tenido siempre una gran fe y esperanza en la divina Providencia, y los animaba a hacer otro tanto, pues ella misma había probado y conocido por experiencia hasta qué punto la divina Providencia era grande y sin medida. A propósito e ello recordaba que, también ellos estando con ella lo habían experimentado alguna vez, cuando el Señor había subvenido milagrosamente a sus necesidades; añadía que la divina Providencia nunca le falta a quien espera en ella, y que de modo especial siempre estaría con ellos.

Estas y otras enseñanzas daba la santa virgen a los suyos; y concluyó sus palabras con el precepto del Salvador, exhortándolos humilde e insistentemente a amarse los unos a los otros. Les



repitió varias veces con acento suave y cálido: "Amaos los unos a los otros, hijos míos queridísimos. ¡Quereos mucho!". En el amor, decía, demostrarían verdaderamente ser y querer continuar siendo sus hijos espirituales; ella lo tomaría en consideración y haría todo lo posible por mostrarse como su madre. Más aún, amándose mutuamente serían su gloria y su corona y ella, teniéndoles siempre como hijos, rogaría a la divina Bondad que infundiera en sus almas la abundancia de gracias que el Señor se había dignado

infundir en su alma.

Además, con autoridad plena de amor, mandó a todos que sus deseos fuesen siempre ardientes y que los presentaran a Dios con humilde y devota plegaria por la reforma y el buen estado de la santa Iglesia de Dios y por el Vicario de Cristo. Les aseguraba que ella, siempre, pero de un modo especial desde hacía siete años, había llevado esos deseos en el corazón y nunca había olvidado, al menos en este tiempo, ofrecerlos a la Majestad y Bondad divina. Confesaba sin reticencias que para

obtener esa gracia debió sufrir muchas penas y enfermedades, penas todas que volvía a sufrir mientras hablaba de ellas.

Añadía que, tal como Satanás había obtenido el permiso de Dios para someter el cuerpo de Job a muchas penas y enfermedades, así parecía que había obtenido del Señor licencia para atormentar y martirizar el cuerpo de ella con muchas y variadas aflicciones. Tan cierto es que, desde la planta de los pies hasta la parte superior de la cabeza, no había en ella ninguna parte sana, porque cada miembro sufría su pena; algunos miembros, además, eran trabajados por varios tormentos a la vez, como saltaba a la vista de cualquiera que la mirase, aunque ella no decía nada. Dijo también: “Me parece que mi Esposo ha dispuesto absolutamente y quiere que en este y por este fuerte y ardiente deseo, después de las penas que su bondad me ha dado, mi alma, sacada de la cárcel tenebrosa, vuelva al lugar donde tuvo su principio”.

Los mismos testigos contaron en sus escritos que las penas de Catalina les parecían tan horribles e insoportables, que nadie, sin estar sostenido por una gracia especial de Dios, las hubiera soportado; les maravillaba ver cómo ella las podía soportar con un ánimo tan tranquilo y sin dar signos de cansancio.

A los que se maravillaron y lloraban de dolor, añadió: “Hijos queridísimos, no os entristezcáis si me muero; debéis regocijaros y alegraros conmigo, porque dejo un lugar de penas para ir a descansar a un océano de paz en Dios eterno. Os doy mi palabra: después de mi muerte os seré más útil de lo que os he sido mientras estaba con vosotros en esta vida tenebrosa y llena de miserias. No obstante, pongo la vida y la muerte, como todo, en manos de mi Esposo eterno. Si Él ve que yo puedo ser de provecho para alguna criatura y quiere dejarme todavía en las fatigas y las penas, estoy dispuesta, por el honor de su Nombre y por la salvación de las almas, a sufrir los tormentos y, si fuese posible, la muerte cien veces al día. Si en cambio le place que yo muera, tened por seguro que habré dado la vida por la santa Iglesia, y esto lo creo por una gracia excepcional que me concedió el Señor”.

Entonces los llamó junto a sí de uno en uno y ordenó a cada cual de qué manera se había de comportar una vez muerta ella.

Llamó al confesor e hizo confesión general, aunque solía hacerla cada día; pidió luego humildemente la sagrada Eucaristía y los demás Sacramentos, y en las horas y con los modos debidos fue plenamente contentada. Entonces solicitó la indulgencia plenaria que le había sido concedida por los dos Sumos Pontífices Gregorio XI y Urbano VI. Luego entró en agonía y comenzó un combate cerrado con el antiguo adversario. La cosa no escapó tampoco a los presentes: lo vieron por los movimientos que ella hacía y por las palabras que decía. A veces, se callaba; a veces respondía, a veces se reía, como si se divirtiese oyéndolo hablar, y a veces se enfadaba.



Notaron un hecho especial, y me lo contaron; creo que fue voluntad de Dios. Después de haber guardado un cierto silencio, como si hubiese oído un reproche, a la vez que se dibujaba en sus labios una sonrisa, la virgen pronunció estas palabras: “¡La vanagloria no; la verdadera gloria y la alabanza de Dios, sí!”. No sin razón la divina Providencia quiso que se supiese esto, pues muchos hombres y mujeres devotos creían en ella, afable como era, y por el cúmulo de gracias que le había concedido el Señor, buscaba el aplauso de las gentes, o que al menos se complacía con aquellos dones. ¡Esta debía ser la razón por la que siempre buscaba la compañía de los hombres! De ella he

oído decir muchas veces: “¿Cómo va dando vueltas por ahí? ¡Es una mujer! Si tanto quiere servir a Dios, ¿por qué no se queda en casa?” ¡Pero cierta gente ya ha recibido su reprimenda!

Dijo: “¡La vanagloria no; la verdadera gloria y la alabanza de Dios, sí!”. Como si quisiera decir que no había ido dando vueltas por ahí, ni había hecho nada por vanagloria, sino que todo lo había hecho en alabanza y por la gloria del Nombre del Salvador.

Yo, que he oído muy a menudo sus confesiones parciales y generales y he pesado escrupulosamente todas sus acciones, puedo decir y afirmo que todas sus obras fueron hechas por mandato de Dios y por inspiración divina. No sólo Catalina no pensaba en los aplausos de los hombres, sino que ni siquiera en los hombres en particular, excepto cuando rezaba por la salvación de ellos o cuando, con sus trabajos, procuraba su salvación. Quien no la haya conocido en persona seguramente no puede comprender hasta qué punto su alma estaba libre de pasiones humanas, incluso de las que son comunes también a las personas virtuosas. En ella parecía haberse ejecutado el dicho del Apóstol: “Somos ciudadanos del cielo”. La virgen no podía ni por un instante alejarse de su idea fija ni renunciar al fervor de la caridad; por ello no podía haber lugar en su alma para la vanagloria ni para ningún deseo terrenal.

Mientras tanto, Semia vino a pasar casualmente por aquel lugar y, al ver el tumulto, preguntó cuál era la razón. Le respondieron que había muerto Catalina de Siena, y que su cuerpo estaba entonces en aquella iglesia; por ello, el pueblo corría hacia allí.

Oído esto, se echó a llorar muy fuertemente y se precipitó hacia el lugar donde yacía el cuerpo de la santa virgen Catalina y se puso a gritar a sus hijas espirituales, que rodeaban el féretro: “Malas mujeres, ¿por qué me habéis escondido la muerte de mi dulcísima madre? ¿Por qué no me habéis llamado cuando agonizaba?”. Mientras ellas se excusaban, preguntó: “¿A qué hora ha muerto?” Le respondieron: “Ayer entregó el espíritu al Creador, y era hacia la hora tercera”. Entonces Semia, arañándose la cara, exclamó: “¡Yo la vi! ¡Vi a mi queridísima madre salir de su cuerpo, llevada por los ángeles al cielo, adornada con tres coronas preciosas y resplandecientes y vestida de blanco! Ahora sé que el Señor me ha mandado a un Ángel suyo y me mostró el fin de mi madre, me conservó la misa y, lo que es más, me ayudó milagrosamente en la cocina. ¡Oh, madre! ¡Oh, madre! ¿Por qué no lo comprendí durante aquella visión, que tú pasabas de este mundo?” Entonces contó a los hijos y a las hijas que estaban alrededor del santo cuerpo, guardándolo, la visión que había tenido.

